

PABLO NERUDA

Y

RAUL GONZALEZ TUÑON

*El
resplandor
de las
palabras*

He aquí a dos personajes del siglo Veinte que partieron por el sendero de la vida para arrancarle belleza a los segmentos, extraviarse de amor y geografías, e impulsar revoluciones socialistas. Ambos militaron en las filas comunistas y ambos, también como militancia, convirtieron al lenguaje en el arma poderosa que descubre, con su magia entrelazada, la belleza tan buscada, la alegría de vivir, el horror de represiones y la épica de los pueblos cuando luchan. Hace cien años nacía Pablo, hace treinta nos dejaba Raúl. De ellos, sus poemas, y a ellos y al deleite de los lectores, estas páginas.





PABLO NERUDA

pájaros y, sobre todo, de la lluvia cuando cae, empezó a fundamentar el descubrimiento de que la poesía está en todos lados, en una revolución y en una cebolla; en el buen vino, por supuesto, y en el embriague del amor al que luego rendiría tributo en versos desesperados.

Fue poeta y empedernido viajero por los pueblos. Ejerció de cónsul en Birmania y en Ceilán, en China y en Madrid, en México y París, pero más que cónsul se dedicó a descubrir sensi-

bilidades en cada segmento atravesado, y las fue convirtiendo en poesía, una poesía plagada de sabores y de música, de sensualidad o de lirismo épico.

Ya de regreso a Santiago, cuando se instaló en Isla Negra, hizo construir un techo de zinc, precisamente para oír ese sonido tan querido de las lluvias.

Su primer libro fue *Crepusculario*, luego llegaría su gran producción poética, *Vein-*

te poemas de amor y una canción desesperada, Residencia en la tierra, Los versos del capitán, Odas elementales, El río invisible, etcétera.

Las poesías que ofrecemos a los lectores pertenecen a su *Canto general*, obra que escribió en la clandestinidad durante el gobierno de González Videla, hasta que en 1949, con ayuda de los comunistas argentinos, logra cruzar la Cordillera y radicarse temporariamente en nuestro país.

En la década del 30, estando en Madrid, es testigo y protagonista de la epopeya de la República Española y de la resistencia al franquismo. Allí estaría junto a Machado y Hernández, a León Felipe, Federico García Lorca, Nicolás Guillén y Raúl González Tuñón, con quien emprenderá el regreso a Santiago de Chile. Afiliado al Partido Comunista es electo senador en 1945 hasta que lo desafuera por su militancia revolucionaria el gobierno de González Videla. Participa en los movimientos antifascistas durante la Segunda Guerra. En 1970 es postulado candidato a la presidencia de Chile por el Partido Comunista, pero al cabo de las negociaciones en el marco de la Unidad Popular, declina la candidatura a favor de su gran amigo, Salvador Allende, de quién sería embajador en Francia. En 1971 recibe el Premio Nobel de

Literatura. Retorna a su patria y el 23 de setiembre de 1973, doce días después del golpe pinochetista y de la muerte del *Chicho* Allende, fallece víctima de un cáncer y de una honda tristeza por la trágica suerte de su pueblo.



Cuando nació el 12 de julio de 1904, en Parral, Chile, le pusieron de nombre Ricardo Eliecer Neftalí Reyes Basualdo. Pero después eligió Pablo porque le gustaba, y Neruda porque Jean Neruda se llamaba un admirado poeta checo. Durante su infancia en Temuco de la Araucanía, entre llanos, montañas, arroyos y el océano, entre los cantos humanos, de los

Cuauhtemoc

Joven hermano hace ya tiempo y tiempo nunca dormido, nunca consolado, joven estremecido en las tinieblas metálicas de México, en tu mano recibo el don de tu patria desnuda.

En ella nace y crece tu sonrisa como una línea entre la luz y el oro.

Son tus labios unidos por la muerte el más puro silencio sepultado.

El manantial hundido bajo todas las bocas de la tierra.

¿Oíste, oíste, acaso, hacia Anahuac lejano, un rumbo de agua, un viento de primavera destrozada? Era tal vez la palabra del cedro. Era una ola blanca de Acapulco. Pero en la noche huía tu corazón como un venado hacia los límites, confusos, entre los monumentos sanguinarios, bajo la luna zozobranante.

Toda la sombra preparaba sombra. Era la tierra una oscura cocina, piedra y caldera, vapor negro, muro sin nombre, pesadumbre que te llamaba desde los nocturnos metales de tu patria.

Pero no hay sombra en tu estandarte.

Ha llegado la hora señalada, y en medio de tu pueblo eres pan y raíz, lanza y estrella. El invasor ha detenido el paso. No es Moctezuma extinto como una copa muerta, es el relámpago y su armadura, la pluma de Quetzal, la flor del pueblo, la cimera encendida entre las naves.

Pero una mano dura como siglos de /piedra apretó tu garganta. No cerraron tu sonrisa, no hicieron caer los granos del secreto maíz, y te arrastraron, vencedor cautivo, por las distancias de tu reino, entre cascadas y cadenas,

sobre arenales y aguijones como una columna incesante, como un testigo doloroso, hasta que una sogas enredó la columna de la pureza y colgó el cuerpo suspendido sobre la tierra desdichada.

Túpac Amaru

Condorcanqui Túpac Amaru, sabio señor, padre justo, viste subir a Tungasuca la primavera desolada de los escalones andinos, y con ella sal y desdicha, iniquidades y tormentos.

Señor Inca, padre cacique, todo en tus ojos se guardaba como en un cofre calcinado por el amor y la tristeza. El indio te mostró la espalda en que las nuevas mordeduras brillaban en las cicatrices de otros castigos apagados,

y era una espalda y otra espalda, toda la altura sacudida por las cascadas del sollozo.

Era un sollozo y otro sollozo. Hasta que armaste la jornada de los pueblos color de tierra, recogiste el llanto en tu copa y endureciste los senderos. Llegó el padre de las montañas, la pólvora levantó caminos, y hacia los pueblos humillados llegó el padre de la batalla. Tiraron la manta en el polvo, se unieron los viejos cuchillos, y la caracola marina llamó los vínculos dispersos. Contra la piedra sanguinaria, contra la inercia desdichada, contra el metal de las cadenas. Pero dividieron tu pueblo y al hermano contra el hermano enviaron, hasta que cayeron las piedras de tu fortaleza. Ataron tus miembros cansados a cuatro caballos rabiosos y descuartizaron la luz del amanecer implacable.

Túpac Amaru, sol vencido,
desde tu gloria desgarrada
sube como el sol en el mar
una luz desaparecida.
Los hondos pueblos de la arcilla,
los telares sacrificados,
las húmedas casas de arena
dicen en silencio:
“Túpac”,
y Túpac es una semilla,
dicen en silencio: “Túpac”,
y Túpac se guarda en el surco,
dicen en silencio: “Túpac”,
y Túpac germina en la tierra.

San Martín

Anduve, San Martín, tanto y de
/sitio en sitio,
que descarté tu traje, tus espuelas,
sabía que alguna vez, andando en los
caminos hechos para volver, en los
finales de cordillera, en la pureza
de la intemperie que de ti heredamos,
nos íbamos a ver de un día a otro.

Cuesta diferenciar entre los nudos
de ceibo, entre raíces,
entre senderos señalar tu rostro,
entre los pájaros distinguir tu mirada,
encontrar en el aire tu existencia.

Eres la tierra que nos diste, un ramo
de cedrón que golpea con su aroma,
que no sabemos dónde está, de dón-
de llega su olor de patria a las praderas.
Te galopamos, San Martín, salimos
amaneciendo a recorrer tu cuerpo,
respiramos hectáreas de tu sombra,
hacemos fuego sobre tu estatura.

Eres extenso entre todos los héroes.

Otros fueron de mesa en mesa,
de encrucijada en torbellino,
tu fuiste construido de confines,
y empezamos a ver tu geografía,
tu planicie final, tu territorio.
Mientras mayor el tiempo disemina
como agua eterna los terrones
del rencor, los afilados
hallazgos de la hoguera,
más terreno comprendes, más
/semillas
de tu tranquilidad pueblan los cerros,
más extensión das a la primavera.

El hombre que construye es luego el
/humo
de lo que construyó, nadie renace
de su propio brasero consumido:
de su disminución hizo existencia,
cayó cuando no tuvo más que polvo.

Tu abarcaste en la muerte más
/espacio.

Tu muerte fue un silencio de granero.
Pasó la vida tuya, y otras vidas,
se abrieron puertas, se elevaron mu-
ros y la espiga salió a ser derramada.

San Martín, otros capitanes
fulguran más que tu, llevan bordados
sus pámpanos de sal fosforescente,
otros hablan aún como cascadas,
pero no hay uno como tu, vestido
de tierra y soledad, de nieve y trébol.
Te encontramos al retornar del río,
te saludamos en la forma agraria
de la Tucumán florida,
y en los caminos, a caballo
te cruzamos corriendo y levantando
tu vestidura, padre polvoriento.
Hoy el sol y la luna, el viento grande
maduran tu linaje, tu sencilla
composición: tu verdad era
verdad de tierra, arenoso amasijo,
estable como el pan, lámina fresca
de greda y cereales, pampa pura.

Y así eres hasta hoy, luna y galope,
estación de soldados, intemperie,
por donde vamos otra vez guerreando,
caminando entre pueblos y llanuras,
estableciendo tu verdad terrestre,
esparciendo tu germen espacioso,
aventando las páginas del trigo.

Así sea, y que no nos acompañe
la paz hasta que entremos
después de los combates, a tu cuerpo,
y duerma la medida que tuvimos
en tu extensión de paz germinadora.

Manuel Rodríguez

Señora, dicen que donde,
mi madre dicen, dijeron,
el agua y el viento dicen
que vieron al guerrillero.

Vida

Puede ser un obispo,
puede y no puede,
puede ser solo el viento
sobre la nieve:

sobre la nieve, sí,
madre, no mires,
que viene galopando
Manuel Rodríguez.
Ya viene el guerrillero
por el estero.

Cueca
Pasión

Saliendo de Melipilla,
corriendo por Talagante,
cruzando por San Fernando,
amaneciendo en Pomaire.
Pasando por Rancagua,
por San Rosendo,
por Cauquenes, por Chena,
por Nacimiento:
por Nacimiento, sí,
desde Chiñigüe,
por todas partes viene
Manuel Rodríguez.
Pásale este clavel.
Vamos con él.

Cueca

Que se apague la guitarra,
que la patria está de duelo.
Nuestra tierra se oscurece.
Mataron al guerrillero.

Y muerte

En Til-Til lo mataron
los asesinos,
su espalda está sangrando
sobre el camino:
sobre el camino, sí.
Quién lo diría
el que era nuestra sangre,
nuestra alegría.
La tierra está llorando.
Vamos callando.

Emiliano Zapata

Cundo arreciaron los dolores
en la tierra, y los espinas desolados
fueron la herencia de los campesinos,
y como antaño, las rapaces
barbas ceremoniales, y los látigos,
entonces, flor y fuego galopado...

*Borrachita me voy
hacia la capital*

se encabritó en el alba transitoria
la tierra sacudida de cuchillos,
el peón de sus amargas madrigueras
cayó como un elote desgranado
sobre la soledad vertiginosa.

*a pedirle al patrón
que me mandó llamar*

Zapata entonces fue tierra y aurora.
En todo el horizonte aparecía
la multitud de su semilla armada.
En un ataque de aguas y fronteras
el férreo manantial de Coahuila,
las estelares piedras de Sonora:
todo vino a su paso adelantado,
a su agraria tormenta de herraduras.

*Que si se va del rancho
muy pronto volverá*

Reparte el pan, la tierra:
te acompaño.
Yo renuncio a mis párpados celestes.
Yo, Zapata, me voy con el rocío
de las caballerías matutinas,
en un disparo desde los nopales
hasta las casas de pared rosada.

*...cintitas pa tu pelo
no llores por tu Pancho...*

La luna duerme sobre las monturas.
La muerte amontonada y repartida
yace con los soldados de Zapata.
El sueño esconde bajo los baluartes
de la pesada noche su destino,
su incubadora sábana sombría.
La hoguera agrupa el aire desvelado:
grasa, sudor y pólvora nocturna.

*...Borrachita me voy
para olvidarte...*

Pedimos patria para el humillado.
Tu cuchillo divide el patrimonio
y tiros y corceles amedrentan
los castigos, la barba del verdugo.
La tierra se reparte con un rifle.
No esperes, campesino polvoriento,
después de tu sudor la luz completa
y el cielo parcelado en tus rodillas.
Levántate y galopa con Zapata.

*...Yo la quise traer
dijo que no...*

México, huraña agricultura, amada
tierra entre los oscuros repartida.
De las espadas del maíz salieron
al sol tus centuriones sudorosos.

De la nieve del sur vengo a cantarte.

Déjame galopar en tu destino
y llenarme de pólvora y arados.

*...Que si habrá de llorar
pa qué volver...*

Sandino

Fue cuando en tierra nuestra
se enterraron
las cruces, se gastaron
inválidas, profesionales.
Llegó el dólar de dientes agresivos
a morder territorio,
en la garganta pastoril de América.
Agarró Panamá con fauces duras,
hundió en la tierra fresca sus colmillos,
chapoteó en barro, whisky, sangre

y juró un Presidente con levita:
“Sea con nosotros el soborno
de cada día”.
Luego llegó el acero,
y el canal dividió las residencias,
aquí los amos, allí la servidumbre.

Corrieron hacia Nicaragua.

Bajaron, vestidos de blanco,
tirando dólares y tiros.
Pero allí surgió un capitán
que dijo: “No, aquí no pones
tus concesiones, tu botella”.
Le prometieron un retrato
de Presidente, con guantes,
banda terciada y zapatitos
de charol recién adquiridos.
Sandino se quitó las botas,
se hundió en los trémulos pantanos,
se terció la banda mojada
de la libertad en la selva,
y, tiro a tiro, respondió
a los “civilizadores”,

La furia norteamericana
fue indecible: documentados
embajadores convencieron
al mundo que su amor era
Nicaragua, que alguna vez
el orden debía llegar
a sus entrañas somnolientas.

Sandino colgó a los intrusos.

Los héroes de Wall Street
fueron comidos por la ciénaga,
un relámpago los mataba,
una sogá los despertaba
como una serpiente en la noche,
y colgando de un árbol eran
acarreados lentamente
por coleópteros azules
y enredaderas devorantes.

Sandino estaba en el silencio,
en la Plaza del Pueblo, en todas
partes estaba Sandino,
matando norteamericanos,
ajusticiando invasores.
Y cuando vino la aviación,
la ofensiva de los ejércitos
acorazados, la incisión
de aplastadores poderíos,
Sandino con sus guerrilleros,
como un expecto de la selva,
era un árbol que se enroscaba
o una tortuga que dormía
o un río que se deslizaba.
Pero, árbol, tortuga, corriente
fueron la muerte vengadora,
fueron sistemas de la selva,
mortales síntomas de araña.

(En 1948
un guerrillero

de Grecia, columna de Esparta,
fue la urna de luz atacada
por los mercenarios del dólar.
Desde los montes echó fuego
sobre los pulpos de Chicago.
Y como Sandino, el valiente
de Nicaragua, fue llamado
“bandolero de las montañas”)

Pero cuando fuego, sangre
y dólar no destruyeron
la torre altiva de Sandino,
los guerreros de Wall Street
hicieron la paz, invitaron
a celebrar la al guerrillero,

y un traidor recién alquilado

le disparó su carabina.

Se llama Somoza. Hasta hoy
está reinando en Nicaragua:
los treinta dólares crecieron
y aumentaron en su barriga.

Esta es la historia de Sandino,
capitán de Nicaragua,
encarnación desgarradora
de nuestra arena traicionada,
dividida y acometida,
martirizada y saqueada.

Recabarren

(Fragmento)

Su nombre era Recabarren.

Bonachón, corpulento, espacioso,
clara mirada, frente firme,
su ancha compostura cubría,
como la arena numerosa,
los yacimientos de la fuerza.

Mirad en la pampa de América
(ríos ramales, clara nieve,
cortaduras ferruginosas)
a Chile con su destrozada
biología, como un ramaje
arrancado, como un brazo
cuyas falanges dispersó
el trágico de las tormentas.

Sobre las áreas musculares
de los metales y el nitrato,
sobre la atlética grandeza
del cobre recién excavado,
el pequeño habitante vive,
acumulado en el desorden,
con un contrato apresurado,
lento de niños andrajosos,
extendidos por los desiertos
de la superficie salada.

Es el chileno interrumpido
por la cesantía o la muerte.

Es el durísimo chileno
sobreviviente de las obras
o amortajado por la sal.

Allí llegó con sus panfletos
este capitán del pueblo.
Tomó al solitario ofendido
que, envolviendo sus mantas rotas
sobre sus hijos hambrientos,
aceptaba las injusticias
encarnizadas, y le dijo:
“Junta tu voz a otra voz”,
“Junta tu mano a otra mano”.
Fue por los rincones aciagos
del salitre, llenó la pampa
con su investidura paterna
y en el escondite invisible
lo vio toda la minería.

Llegó cada “gallo” golpeado,
vino cada uno de los lamentos:
entraron como fantasmas
de pálida voz triturada
y salieron de sus manos
con una nueva dignidad,
En toda la pampa se supo.
Y fue por la patria entera
fundando pueblo, levantando
los corazones quebrantados.
Sus periódicos recién impresos
entraron en las galerías
del carbón, subieron al cobre,
y el pueblo besó las columnas
que por primera vez llevaban
la voz de los atropellados.

Organizó las soledades.
Llevó los libros y los cantos
hasta los muros del terror,
juntó una queja y otra queja,
y el esclavo sin voz ni boca,
el extendido sufrimiento,
se hizo nombre, se llamó Pueblo,
Proletariado, Sindicato,
tuvo persona y apostura.

Y este habitante transformado
que se construyó en el combate,
este organismo valeroso,
esta implacable tentativa,
este metal inalterable,
esta unidad de los dolores,
esta fortaleza del hombre,
este camino hacia mañana,
esta Cordillera infinita,
esta germinal primavera,
este armamento de los pobres,
salió de aquellos sufrimientos,
de lo más hondo de la patria,
de lo más duro y más golpeado,
de lo más alto y más eterno
y se llamó Partido.
Partido

Comunista.
Ese fue su nombre.
(...)

Cuánto ha pasado desde entonces.
Cuánta sangre sobre la sangre,
cuántas luchas sobre la tierra.
Horas de espléndida conquista,
triumfos ganados gota a gota,
calles amargas, derrotadas,
zonas oscuras como túneles,
traiciones que parecían
cortar la vida con su filo,
represiones armadas de odio,
coronadas militarmente.

Parecía hundirse la tierra.

Pero la lucha permanece.

Aquí termino

Este libro termina aquí. Ha nacido
de la ira como una brasa, como los
/territorios
de bosques incendiados, y deseo
que continúe como un árbol rojo
propagando su clara quemadura.
Pero no solo cólera en sus ramas
encontraste: no solo sus raíces
buscaron el dolor sino la fuerza,
y fuerza soy de piedra pensativa,
alegría de manos congregadas.

Por fin soy libre adentro de los seres.

Entre los seres, como el aire vivo,
y de la soledad acorralada
salgo a la multitud de los combates,
libre porque en mi mano va tu mano,
conquistando alegrías indomables.

Libro común de un hombre,
/pan abierto
en esta geografía de mi canto,
y una comunidad de labradores
alguna vez recogerá su fuego
y sembrará sus llamas y sus hojas
otra vez en la nave de la tierra.

Y nacerá de nuevo esta palabra,
tal vez en otro tiempo sin dolores,
sin las impuras hebras que adhirieron
negras vegetaciones en mi canto,
y otra vez en la altura estará ardiendo
mi corazón quemante y estrellado.
Aquí termina este libro, aquí dejo
mi Canto general escrito
en la persecución, cantando bajo
las alas clandestinas de mi patria.
Hoy 5 de febrero, en este año
de 1949, en Chile, en “Godomar
de Chena”, algunos meses antes
de los cuarenta y cinco años de
/mi edad.

RAUL GONZALEZ TUÑON

Poeta, periodista, viajero, trasgresor como buen revolucionario en la política y en las letras, nuestro Raúl González Tuñón nació -como él decía- en la época en que “aún la luna bajaba hasta los patios”: barrio de Once, Ciudad de Buenos Aires, el 29 de marzo de 1905. Fue sexto hijo de familia española cuyos abuelos lo signaron desde chico. Uno, Manuel Tuñón, minero asturiano y socialista, lo llevó de la mano por las primeras manifestaciones. El otro, Estanislao González, era un bebedor hasta el hartazgo, amante al por mayor y andariego: de él tomó la vocación de la aventura por los mundos. Abandonó los estudios para dedicarse a la escritura, fue desde entonces autodidacta, lector en cafetines y constructor de poemas sobre papeles de almacén.

En los primeros años de la década del 20 participó en la hechura de la revista *Martín Fierro*, cobro de *Caras y Caretas* sus primeros quince pesos por un poema y publicó luego, en 1926, su primer libro -*El violín del diablo*- del cual presentamos tres de sus poemas, uno de ellos el conocido Eche veinte centavos en la ranura, donde da comienzo al desfile de paraderos, personajes y situaciones vividas por Raúl en los bajos fondos suburbanos. El citado poema está inspirado en el Paseo de Julio, hoy avenida Leandro N. Alem, que era un conglomerado de kermesses, de “teatrillos de utilería”, de recintos dedicados al jolgorio, la bebida, y la prostitución. De allí extrajo a Susana para la poesía, a los prestidigitadores, a la mujer más gorda del mundo... Años después, daría vida al personaje de la etiqueta de la botella de whisky Jonhy Walker, Juancito Caminador.

A partir de allí se suceden otros títulos: *Miércoles de ceniza*, *La calle del agujero en la media*, *El otro lado de la estrella*, *Poemas de Juancito Caminador* -del cual también publicamos una de sus poesías-, *La rosa blindada*, *A la sombra de los barrios amados*, *Demanda contra el olvido* y muchos otros.

Sobre nuestro escritorio se extienden muchos de estos títulos gracias al trabajo recolector de la Biblioteca del Partido Comunista, y no se trata de simples ediciones sino de

tomos dedicados de puño y letra por Raúl a su amigo Salvador Marini, maestro inolvidable del periodismo comunista, jefe de redacción de múltiples redacciones clandestinas. Entre ese material, encontramos un título que no suele estar en los listados más conocidos: *Nuestra rosa, rosa de América*, que fue escrito en 1953 y entregado al Partido Comunista del cual fue afiliado. Este trabajo fue editado por “obreros gráficos del Partido Comunista, tarea a la que dieron fin el 21 de diciembre de 1953”, según indica la edición que, además, es acompañada por ilustraciones del pintor y grabador argentino Abraham R. Vigo, las que ahora integran este suplemento. Aquí Raúl refiere momentos por él vividos en España durante la resistencia al franquismo, a los brigadistas internacionales, nos habla de su antimperialismo, de su América y sus esperanzas. Se trata de un contundente ejemplo del lirismo épico de este poeta comprometido hasta los tuétanos con las luchas liberadoras. Pues bien, gran parte del contenido de *Nuestra rosa, rosa de América*, completa este trabajo que incluye, además, uno de sus escritos sobre literatura donde manifiesta su espíritu polémico, su rechazo al dogmatismo, a lo panfletario en literatura, y su deleite ante la inventiva del hombre.

Raúl fue partícipe de los grandes debates entre los grupos literarios Florida y Boedo, pero tomó partido por ambos: saludó los experimentos formales de Florida, y los pronunciamientos sociales de Boedo. Junto a su hermano Enrique, un destacadísimo periodista y excelente escritor, fue parte de la redacción del diario *Crítica* lo que le permitió recorrer el país y hacer crónicas y poesías bellísimas y desgarradoras, como las de la Patagonia rebelde, o las de



la Guerra del Chaco entre Paraguay y Bolivia donde vio a “soldados que morían abrazados”, o la de sus recorridos por los recintos de la desocupación, entre casas de cartón y arpillería (La ciudad del hambre). En esos andares, participó de manifestaciones reprimidas a sablazos por la caballería y, apasionado de revolución y compromiso con los desposeídos, fundó la revista *Contra* -toda una aventura de la contracultura y la trasgresión- donde publica su poema La brigada de choque en el cual describe la calaña de “los plumíferos guardianes del orden constituido”. A raíz de eso, conoció cárceles y un proceso.

Viajó a España y ha sido “cómplice” de esa pléyade irrepetible de artistas del mundo comprometidos con la República y el internacionalismo. Allí marcó su vida la sublevación de

los mineros asturianos en 1935. Retorna, pero enterado al poco tiempo del fusilamiento de su amigo Federico García Lorca consigue que lo designen corresponsal de guerra y marcha a ser protagonista en los frentes de combate y en las arengas poéticas por las calles. Junto a Pablo Neruda viajan a Chile, allí radicaría cinco años y sería uno de los fundadores del diario del Partido Comunista *El Siglo*.

Vendrían años de viajes, de compromisos literarios en congresos internacionales, de columnas escritas en la prensa comunista y en otras publicaciones, de poemas comprometidos con sus amados barrios suburbanos, con los obreros, con los tantos prestidigitadores de las urbes y los marginados. Se convirtió en la más contundente presencia de la poesía política y social de nuestro tiempo. Y eso fue así no solo por su compromiso con la revolución sino, sobre todo, porque ese compromiso lo asumió con sabiduría, sin sectarismos, sin fórmulas, abierto siempre a la creación y al debate para construir su mundo soñado y socialista.

Había escrito el 13 de agosto de 1974 un poema dedicado a Víctor Jara, al cantor y poeta comunista chileno asesinado. Y fue el punto final. Al día siguiente murió.

La literatura resplandeciente

“Cuando existe algún contacto entre los sueños y la vida, todo va bien”.
Pisarev. Citado por Lenin
en *¿Qué hacer?*

Es evidente la vinculación del hecho artístico con el hecho humano, social, político. Se ha escrito mucho sobre el tema y esa evidencia parece tener la fuerza de un axioma, desde Marx y Engels, que descubrieron el método preciso de interpretación de la historia en todos los ordenes de la vida hasta nuestros días.

Tengo presentes los aportes de Freville, de Benjamín Goriely, entre otros y varios documentos de los tres congresos internacionales de escritores a los que asistí: el de París, en 1935; el de Valencia, Madrid y París en 1937, y el de Tashkent en 1958.

Es raro que haya que insistir sobre premisas primarias y exista gente capaz incapaz de comprender que el arte, en general, está relacionado con la realidad esencial de la época en que se produce, sin que esto suponga servidumbre

alguna. Gente que confunde, por falta de conocimiento o por intención precisamente política, pero reaccionaria, la política considerada como ciencia del vivir común, con la politiquería. Son los mismos que hablan de la libertad como algo candoroso, idílico, sin aclarar que existe una “libertad de la voluntad”, que permite a los capitalistas, a la sociedad burguesa, crear arbitrariamente contra la mayoría, y una libertad que es “una necesidad de la que se tiene conciencia” (Rosenthal), que se conquista en la lucha contra la servidumbre de clase y deja de ser una simple palabra sonora y hueca, cuando “se instaura por medio de la transformación social, del socialismo”. Son los mismos que nos llaman despectivamente propagandistas o materialistas, en sentido grosero, a quienes sabemos -insisto- que la literatura y el arte, en todas sus complejas manifestaciones han estado siempre vinculados de alguna manera -y aparte el talento y los fueros del creador- al proceso del hombre, al destino del mundo. Y entendemos que debe estarlo ahora más que nunca, en plenitud, defendiendo, contra los teóricos de la burguesía retórica y también

contra la ceguera sectaria de izquierda, y a los sofistas recalcitrantes de la iglesia, un nuevo mecanismo, la audacia técnica creadora y la herencia cultural más avanzada y legítima.

Algunos creen que tal poema o tal cuadro, novela o pieza de teatro, por el hecho de aludir de algún modo a la causa nacional y universal del hombre es meramente circunstancial, arte dirigido o mera propaganda. Dickens, con sus novelas, provocó la transformación de algunas leyes o costumbres siniestras de la Inglaterra victoriana. Heine con un poema llamó la atención sobre la vida terrible de los tejedores alemanes. Beethoven, en una sinfonía exaltó el heroísmo de los soldados napoleónicos que, y aun pese al gran jefe, “llevaban en sus mochilas los ideales de la Revolución Francesa”. Whitman alentó a los antiesclavistas en los Estados Uni-



dos y a los revolucionarios europeos vencidos -por citar solo algunos casos- y sin embargo sus obras circunstanciales perduran...Digamos, con el lugar común, el caso es hacer las cosas bien y no considerar el diálogo de un hombre con su tiempo como ejercicio obligatorio, como dogma absoluto, como escuela definitiva, en arte y literatura.

No hablamos de arte puro, de arte por el arte y tampoco proponemos un arte de propaganda, decimos sencillamente arte, simplemente literatura, que cuando es auténtico no es ni ha sido jamás evasión, sino reflejo y aun invención. Interpretación, exaltación, a veces denuncia, tácito esclarecimiento no a base de consignas, puesto que resulta de la obra misma, cuando se trata de un testimonio. Un arte, una literatura, en fin, que considerando todos los matices, los caminos infinitos, la basta geografía de la realidad y la imaginación, tienen raíces en la tierra y de ésta asciende "flamboyant" (como la pintura abstracta del chileno Vargas Rosas) enviada hacia la altura, hacia el futuro. No nos gustan las clasificaciones, pero lo designaríamos como realismo romántico.

Un arte, una literatura, en fin, hacia el encuentro de la armonía con su tiempo.

En poesía, cada cual a su manera, fueron a su encuentro, por ejemplo, el ya citado Whitman precursor de una de las maneras poéticas actuales, con rasgos de acento cívico y profundo. Pero reivindicamos la mejor herencia, en todas sus manifestaciones y formas, no exceptuando a los grandes innovadores formales, como Baudelaire que al decir de Hugo, otro innovador, trajo un nuevo estremecimiento; como un Darío en nuestra lengua, entendiendo que lo moderno con sentido de continuidad histórica palpante es lo que quedará, como lo que quedó de los primitivos, de los primeros grandes clásicos, de los realistas, románticos, naturalistas, impresionistas, etcétera.

Las escuelas se suceden y van incorporando a la historia lo más válido, aquello que es absorbido, recogido, rescatado, y claro, a veces deformado.

Raúl González Tuñón

Poesía que compuso Juancito Caminador para la supuesta muerte de Juancito Caminador

Juancito Caminador...

Murió en un lejano puerto
el prestidigitador.
Poca cosa deja el muerto.

Terminada su función
-canción, paloma y baraja-
todo cabe en una caja.
Todo, menos la canción.

Ponle luto a la pianola,
al conejito, a la estrella,
al barquito, a la botella,
al botellón, a la bola.

Música de barracón
-canción, baraja y paloma-
flor de trapo sin aroma.
Todo, menos la canción.

Ponle luto a la veleta,
al gallo, al reloj de cuco,
al fonógrafo, al trabuco,
al vaso y a la carpeta.



Su prestidigitación
-canción paloma y baraja-
el tiempo humilla y ultraja.
Todo, menos la canción.

Mucha muerte a poca vida.
¡Que lo entierre de una vez
la Reina del Ajedrez
y un poeta lo despida!

Truco mágico, ilusión
-canción, baraja y paloma-
que todo en broma se toma.
Todo, menos la canción.

*(De Todos bailan, poemas de
Juancito Caminador. 1934)*

Nuestra rosa rosa de América

Una vez me escribió Milan Jeranci,
un poeta soldado de las Brigadas Internacionales.
Y mientras él tuteaba al peligro en el Frente,
yo en Madrid con mis versos soñando y esperando,
-¿Qué hacéis vosotros por nosotros?-, me decía.
Yo me ruboricé. No supe contestarle.
Yo cantaba los hechos pero él los vivía
y aunque yo también los vivía a mi manera
y mi verso incitaba y excitaba cantando
y a su modo también hacía la guerra,
me persiguió su voz como un pájaro triste
de trino desvelado.

Y aún hoy, como si fuera el reproche de un tiempo
que engendró tanta ausencia y destrucción y exilios,
voces flotantes entre lámparas ebrias
que agonizan en medio de los grandes naufragios,
rostros donde el olvido, puso pálidas máscaras,
amargos, largos rostros,
¿Qué hacéis vosotros -vuelvo a oír- por nosotros?

Nunca supe qué fue de aquel muchacho eslavo
que en su pobre macuto llevaba un libro (Heine)
una medalla, un rizo y un retrato.
¿Dónde estará Milan Jeranci ahora?
¿Desde qué espejo o caído en qué foso,
desde qué luna me estará mirando?
¿O dormido en qué sueño, en qué amapola
recuesta su nostalgia? ¿Con qué novia
comparte su secreto de raíces?
¿En qué nube se esfuma divagando?
(¿En dónde se deshace Lina Odena
y aún sangra Federico en el costado?)

Pude escribirle, he visto
en Cerbere los trenes
cargados con la ayuda de Francia popular
y algunos pueblos de sonoros nombres
/latinoamericanos,
grises vagones en las vías muertas
donde crecen las hierbas inútiles y el tedio,
cubiertos con las lonas llovidas, ya violáceas
de la larga intemperie, mientras por el Ferrol,
donde la gata de Domingo Ferreiro se

/había ahogado
en la marea de sangre de los fusilamientos,
introducían los nazis sus bárbaros, sus
/dientes y sus armas,
los tanques que escoltaron los nombres del
/petit Daladier,
Blum, Chamberlain, Laval, Churchill, Reynaud,
las bombas que venían a matar
a los niños y las flores de España.

Pude escribirle, caro Milan Jeranci, amigo,
los cachorros lejanos no abandonan España.
Allí hay gentes que juntas las monedas hurtadas
al precario puchero cotidiano,
ropas que cosen los ojos del desvelo
y lágrimas y canto
y con su corazón van hacia España en guerra,
pero si allá no arriba su cálido mensaje de
/vigilia y amor,

no son los pueblos, son sus gobiernos,
sus funcionarios y sus leyes atroces,
los que traban la solidaridad con los que luchan
contra las avanzadas del odio y el horror;
los que impiden que los pueblos de América Latina
unidos por la historia de la sangre,
que hablan otra forma de español,
-el gran idioma madre que reveló Cervantes y

/que adornó Darío-
estén en cuerpo y alma con el león herido.
Y si algo llega en los camiones furtivos, trajinados,
hombres de rostros secos y de conciencia
/negra los detienen
al filo de las trágicas fronteras,
si no pueden filtrarse jadeantes, fugitivos,
hacia Por Bou, el lado español, de la estrella.

Y cuando nuevamente preguntaron
desde el fondo de medio mundo en guerra:
-¿Qué hacéis vosotros por nosotros?-
Yo pude responder de la misma manera
pero sin evitar que otra vez el rubor golpeará
/mi frente,
traicionara mis ojos.

Y cuando me pregunten:
-¿Qué hacéis, qué hacéis
vosotros por la paz?
Yo diré poca cosa; todavía la traba,
la indiferencia de unos, la indecisión de otros,
muros de incompreensión, sucias calumnias de
/prensa envenenada,
pero también la reunión clandestina y el súbito
/congreso callejero,
esa dura faena en la vanguardia,
y esa fe que nos dice que algo, en el mundo,
/marcha.

Y cuando me demanden:
-¿Qué habéis hecho, qué hacéis
contra el imperialismo?
Yo podría contestarles, por encima del caos,
en medio de la intriga y la confusión,
tormentas de papel, malecones de bruma,
el antimperialismo verbal, la demagogia,
gobernantes atados a compromisos sórdidos
que temen las probables multitudes en armas,
y como ayer y como las primeras

gestas americanas contra el dólar,
 los pueblos de la América Latina sojuzgados
 pero en cuyas entrañas palpita la segura
 /aventura futura,
 que no capta la Kodak de turistas fugaces
 ni la tarjeta postal que el Municipio pinta con tintas
 inefables,
 amontonados, plenos de violencia y dulzura,
 los pueblos, esos pueblos que como el argentino,
 cuando se habló de enviar carne de cañón a
 /Corea,
 salieron a la calle a decir: ¡No!
 (una marcha fue épica en Santa Fe, en Rosario)
 y en Buenos Aires,
 altivas voces de mujeres se oyeron
 reclamando a sus hijos a la puerta
 de los cuarteles suburbanos);
 los pueblos, esos pueblos cuyos ojos reflejan
 el ímpetu del puma y la paciencia alerta del caballo,
 y en cuya mayoría se prohíbe la actividad
 /consciente del espíritu,
 y la palabra paz asusta a las hinchadas burguesía,
 los pueblos, esos pueblos cuyas razas diversas
 /sueñan un mismo sueño,
 hondo como sus ríos, amplio como sus cielos de
 azul atopellado,
 dicen como el mensaje de San Martín y O'Higgins
 ¡Unidos venceremos!

por el triste papel de nuestra América.
 Mas no desespere.
 La que cantamos joven,
 la que soñamos ángel del idioma y la raza,
 la que creíamos luz dirigida por sombras
 /inválidas, vacías,
 prendidas a los cuernos y mandíbulas
 feroces de los Carlos y Fernandos,
 pidiendo un poco más de látigo y metrónomo
 olvidada la madre de heridas y latidos universales,
 /sola,
 (los pueblos no olvidaban)
 mientras las hogueras consumían los libros
 /vehementes
 de aquel romanticismo que fundó nuestras patrias
 y los otros, preclaros, de la herencia cultural
 /progresista,
 y aunque las llamaradas esclarecían más la
 /conciencia del hombre,
 era para morir; ya no teníamos nada,
 se secarán los ríos, nos decíamos,
 caerán de rodillas las montañas
 y el salitre y el cuero
 y la lana y el trigo.
 ¡Qué contentos estaban los gerentes de la
 /United Fruit
 (una copa en honor de Guatemala,
 Guatemala en tu honor una copa de honor)
 la Standard, la Forestal, la Royal, la West India,
 /la Patiño Mines!
 (Atención bolivianos, mártires de Cataví, ciudad,
 /velad la pólvora
 y no soltéis las armas. Una copa de honor por
 /los mineros
 que honran la tradición de sus heroicos maestros
 /asturianos).
 Sí, yo oigo aquel grito, pertinaz y distante.
 Yo sabía que no eran los humildes, los pobres,
 /los obreros,
 sus vanguardias vitales, creadoras y lúcidas.
 Yo sabía que eran los gobiernos
 (con excepción de un México donde aún
 /resplandecía
 el nombre de Zapata, aire de tierra y piedra y
 /dulce patria)
 las sociedades pistoleras de la alta finanza,
 el pequeño cadáver parlante del escritor podrido
 o la garganta a sueldo del chantre armamentista;
 el periodista truhán, los fulleros del alma,
 la caverna política, militar, eclesiástica.
 Y un niño pudo preguntarme en Madrid:
 -¿Qué habéis hecho vosotros por Oviedo,
 por Badajoz, por Vigo, por Bilbao, por Málaga
 y por mí y el barquito de papel destrozado
 por el obús nocturno del crimen permitido?
 Y yo volví a decir, triste papel,
 espionaje de cónsules ladinos,
 condecorado abdomen de embajador impúdico.
 Mi valor consistía en regresar adonde estaban
 o a la cárcel, o el hambre o el olvido,
 los premios del gobierno al escritor
 en el país de Justo o de Castillo,
 para decir la verdad que me quemaba:
 He visto a vuestros diplomáticos,
 y a las cursis mujeres de vuestros diplomáticos,
 las de sus casas con supuestos Grecos y

 /pálidas sirvientas,
 desembarcando espías en los barcos de guerra,
 o embarcando fugitivos de la justicia popular
 y obras de arte del tesoro del pueblo;
 especulando con la pobre peseta,
 la inocencia de la leche,
 la santidad del pan,
 la gracia del aceite
 y el diamante del carbón;
 salvando criminales, ofreciendo
 festivales macabros al pie de la emisora subterrá-
 nea por donde alguna vez dieron los nazis, los
 /fascistas, los moros asesinos,
 oh Madrid, oh Almería
 la orden por matar por aire y mar y tierra
 a mujeres y niños y hombres casi divinos.
 Yo sabía de agentes de Hitler delirante y su
 /socio inglorioso,
 con sus botas de Gros chorreando cadáveres de
 /obrerros y poetas,
 con sus vientres de Gros inflados por la sangre,
 repartiendo consignas y pagando banquetes
 (¿veis a Sánchez Sorondo y compañía sentados
 /con Von Therman?)
 Yo sabía de mujeres depravadas
 y marquesas mal habladas y teñidas
 que a la sombra de nuestras Embajadas
 deslizaban su informe de papel perfumado
 que iba a costar la vida de tanta hermosa gente.
 Recuerdo y digo hasta morir,
 recuerdo y digo, era una peste.
 Pero no eran mis pueblos de la pequeña ayuda y
 /del gran corazón,
 que aman sus canciones antiguas, sus banderas,
 y no el trapo manchado de petróleo,
 de hulla, de café, de frigorífico,
 que evoca a hombres sepultados en las minas,
 o que rodaron de los blancos andinos
 o devorados por las poleas locas
 o triturados por los dientes de hierro
 o hervidos en las lavas de los enormes hornos.
 (¿Recordáis el *Extraño Entierro Americano*
 de nuestro Mike Gold? ¿Recordáis los tambores
 de aquel extraño entierro americano?)
 Y luego Munich, la pandilla de Cliveden,
 el apogeo monstruoso del nazismo,
 nuestros países, pasto de turbios negociados,
 y el dique universal a la avalancha parda
 y aquel qué hacéis vosotros siempre tan penetrante
 y el fin de la ignominia de cruz gamada y de lictor
 y aun ahora los imperialismos mordiendo el
 /Continente
 y a su cabeza el yanqui biznieto del pirata
 -no la tierra de Lincoln, de Whitman y de Langston-
 el cuervo del Private tenebroso y el klan armamentista,
 aunque más asesino, más ladrón, linchador y
 /más cobarde.
 Triste, triste papel, pero algo está en marcha.
 Escuchad, escuchar, escuchad, compañeros.



—000—
 (Soldado colombiano en Corea:
 los asesinos de Gaitán te enviaron.
 ¡Toma tu granada y arrójala
 contra la cara del verdugo!
 ¡Toma tu fusil y vuélvelo
 contra los jefes que te ordenan!)

Ah, sí, Milan Jeranci con tus extraños versos y
 /tu melancolía,
 yo pude haberte hablado de las jóvenes Ligas
 /contra el imperialismo,
 de las huelgas de sangre y unidad combativas,
 de explosiones aisladas, sofocadas
 por los traidores nacionales y el zarpazo foráneo;
 contrarrevoluciones que ordenaron de afuera
 /los banqueros.
 Después cayó Sandino fulminado por los
 /jerarcas norteamericanos;
 como siempre, de noche y por la espalda.
 Era desesperante, mas no desesperamos.
 Luego el turno de España. Y la última vez yo
 /vi cuando se iban,
 cuando se fue contigo también Miguel Hernández.
 Era una tarde gris de otoño con violetas.
 (Los franquistas lo mataron lentamente después,
 arrastrándolo, enfermo, de prisión en prisión,
 /de hambre en hambre).
 Agitando la boina me despidió Miguel,
 y tu me saludaste levantando la cuchara de palo
 desde el tren con perfumes de pólvoras ansiosas.
 Fue Teruel. Fue Belchite. No hago más que
 /acordarme.
 Quise desesperarme, morirme de vergüenza
 /hasta morirme,

—000—

Brindis final y Esperanza

Brindo por las alianzas fraternales
 de pueblos, Continentes y destinos.

Brindo por una América capaz
de abatir a las bandas imperiales
y de unir en la cruz de los caminos
que da a las avenidas de la Paz.

Digo América y digo árbol y río.
Dice uno viajar y otro afincarse.
Deseo de partir y de quedarse
en su armonía, y es el canto mío.

América es amor desparramado,
nosotros la soñamos toda junta.
América es un niño que pregunta
por la paloma que se le ha extraviado.

Pero tras de la noche el día avanza.
Cuando a la antigua luna ladre el gozque,
despertará la Durmiente del Bosque,
nuestra novia perdida, la Esperanza.

(Buenos Aires, junio de 1953)

Eche veinte centavos en la ranura

-Imágenes del viejo Paseo de Julio

A pesar de la sala sucia y oscura
de gentes y de lámparas luminosas,
si quiere ver la vida color de rosa
eche veinte centavos en la ranura.
Y no ponga los ojos en esa hermosa
que frunce de promesas la boca impura.
Eche veinte centavos en la ranura
si quiere ver la vida color de rosa.
El dolor mata, amigo, la vida es dura,
y ya que usted no tiene ni hogar ni esposa,
si quiere ver la vida color de rosa
eche veinte centavos en la ranura.

Lamparillas de la kermesse,
títeres y titiriteros.
Volver a ser niño otra vez
y andar entre los marineros
de Liverpool y de Suez.
Teatrillos de utilería.
Detrás de esos turbios cristales
hay una sala sombría:
Paraísos artificiales.

Cien lucesitas, maravilla
de reflejos funambulescos.
Aquí hay mujer y manzanilla,
aquí hay olvido, aquí hay refrescos.
Pero sobre todo mujeres
para los hombres de los puertos
que prenden como alfileres
sus ojos en los ojos muertos.

No debe tener esqueleto
el enano de Sarrasani



que bien parece un amuleto
de la Joyería Escasany.
Salta la cuerda, sáltala,
ojos de rata, cara de clown,
y el tralá-tralá-tralalá
ritma en tu viejo corazón.

Estampas, luces, musiquillas,
misterios de los reservados
donde entrarán a hurtadillas
los marinos alucinados.
Y fiesta, fiesta un poco idiota
y tragicómica y grotesca.
Pero otra esperanza remota
de vida miliunanochesca...

¡Qué lindo es ir a ver
la mujer,
la mujer más gorda del mundo!
Entrar con un miedo profundo
pensando en la gigante de Baudelaire.
Nos engañaremos, no hay duda,
si desnuda nunca muy desnuda,
si barbuda nunca muy barbuda,
será la mujer.
Pero ese momento de miedo profundo...
¡Qué lindo es ir a ver
la mujer,
la mujer más gorda del mundo!

Y no se inmute, amigo, la vida es dura,
con la filosofía poco se goza.
Si quiere ver la vida color de rosa
eche veinte centavos en la ranura.

Versos a Susana

Un puerto y otro puerto y otro, tal vez mañana
veré otros más lejanos.
Sirve café, sirve café, Susana.
Yo adoro la blancura de tus manos.

La calle es una exclamación inquieta;
la madama está echando los cerrojos.
Déjame ver tu cara, tu careta.
Yo adoro la dulzura de tus ojos.

La flauta del grumete se ha callado
pero el silencio ha sido agujereado
por el filoso alerta de la ronda.

Un parroquiano...Dile que no entre.
Me ahoga el humo de una pena honda.
Y yo alabo el cansancio de tu vientre.

El caballo muerto

Media noche. Sobre las piedras
de la calzada hay un caballo muerto.
Aún faltan cinco horas
para que venga el carro de "LaUnica"
y se lo lleve. Ese caballo viejo
hedoroso de sangre coagulada,
ese pobre vencido, fue un obrero.

Un hermano del pájaro, un hermano del perro.
Fue el hermano caballo que anduvo bajo el sol,
que anduvo bajo el agua, que anduvo entre los vien-
tos
tirando de los carros
con los ojos cubiertos.
Fue el hermano caballo. Ninguno irá a su entierro.

De *El violín del diablo* (1926)

